

Conclusiones

Fernando Notario Pacheco

Corría el año 2019 cuando, ante la convocatoria de las actividades de la Semana de la Ciencia, los integrantes del Grupo de Investigación *Eschatia* decidimos apostar por elaborar un taller que, en ese momento, nos parecía plenamente novedoso. No creo equivocarme si afirmo que ninguno de los que nos involucramos en el proyecto en un primer momento llegamos a ser plenamente conscientes del carácter de la empresa que, con una mezcla de temeridad e inconsciencia, estábamos acometiendo. Sobre el papel, la propuesta no parecía ser especialmente ambiciosa: hacer un taller con unos materiales didácticos y una actividad de ludificación asociada a ellos (permítame quien lea estas líneas que empleemos este término en lugar del anglicismo «gamificación», particularmente disonante para quienes hacemos del inglés una de nuestras lenguas habituales de trabajo). La buena acogida del taller por parte del alumnado de Secundaria a quienes se les presentó (atribuible al interés de los materiales elaborados, a la original manera de presentarlos y al juego con el que culminaba el taller) nos llevó a pensar en la conveniencia de recuperarlo para la siguiente edición de la Semana de la Ciencia. Poco podíamos saber, sin embargo, que entre finales de 2019 y comienzos de 2020 el mundo iba a contemplar cómo resucitaba uno de los espectros con los que la humanidad había luchado desde que, al menos, conservamos documentos escritos: la pandemia global.

Cómo citar: Notario Pacheco, Fernando. «Conclusiones». En *La Antigua Grecia hoy. De la ciudadanía y sus límites al «desarrollo sostenible»*, editado por Miriam Valdés Guía y Fernando Notario Pacheco, 369-375. Madrid: Ediciones Complutense, 2024. <https://dx.doi.org/10.5209/div.018.22>

El COVID-19 nos sometió a un severo régimen de aislamiento, como buena parte de los lectores podrán recordar. Poco se puede añadir sobre los demoledores efectos que este tuvo en el bienestar físico, psicológico y emocional de quienes tuvimos que contemplar cómo un mundo que dábamos por seguro se derrumbaba para dar paso a otro donde la angustia, la perplejidad y la incertidumbre parecían estar a punto de ganar la partida. En lo que se refiere a nuestro pequeño proyecto, sin embargo, las nuevas circunstancias impuestas por la enfermedad llevaron a que lo que hacía tan solo un año había sido algo novedoso y casi impensado, como era un taller digital, ahora fuera algo prácticamente demandado para atender las necesidades de la educación a distancia. Con el convencimiento de que podíamos dar el salto con cierta solvencia, decidimos volver a lanzar un nuevo taller, con nuevos materiales, aunque de estructura similar al anterior. A partir de ahí, año tras año hemos ido revisando, retocando y actualizando los talleres digitales para que puedan ser empleados por los docentes y alumnos de la educación Secundaria que los consideren adecuados.

Estos talleres no pueden, sin embargo, por su propia naturaleza, publicarse exactamente de manera impresa. Se publicarán, en efecto, como situaciones de aprendizaje adaptadas a los ciclos de educación Secundaria que se ofrecerán de manera abierta en la página web del Grupo de Investigación (<https://www.ucm.es/eschatia/proyecto-fecyt-ludificacion>). Quienes estuvimos involucrados en el proyecto sentíamos, sin embargo, que no podíamos limitar el esfuerzo realizado a los materiales de los talleres y a la actividad de ludificación asociada a ellos: era la oportunidad de sacar adelante unos textos, no muy complejos, pero que permitieran hacer llegar nuestro trabajo a un público que no estuviera necesariamente vinculado al entorno educativo sin sacrificar, por otro lado, su afán divulgativo y didáctico.

En el primer capítulo hemos decidido agrupar las contribuciones que tenían una mayor relación con la política de la Grecia

clásica. Cualquier interesado en el mundo antiguo reconocerá que la antigüedad griega ha tendido a tener una proyección notable en el pensamiento político occidental en diferentes esferas que van desde el entramado conceptual con el que construimos el vocabulario actual hasta las formas más refinadas de pensar las relaciones entre el individuo, la comunidad y las leyes que la rigen. Sin embargo, moviéndonos entre los márgenes contrapuestos de la igualdad y la desigualdad en la ciudadanía, hemos intentado subrayar las contradicciones de unos sistemas políticos pretendidamente igualitarios que, en el fondo, no podían (ni, probablemente, hubieran querido) serlo. La democracia ateniense adquiere un papel de primera importancia en este capítulo tanto por ser el entorno del que más documentación conservamos como por ser, posiblemente, el espejo desde el que nos parece más fácil establecer parecidos y diferencias entre nuestras sociedades actuales y las pasadas. Y, sin embargo, como en todo ejercicio de atenta observación en un espejo, pronto podemos advertir grietas, arrugas y canas en nuestro rostro, ojos y cabellos. Al lector complaciente le puede parecer fácil desdeñar las democracias antiguas por su dependencia de la mano de obra esclava, pero tras revisar el pasado, puede correr el riesgo de enfrentarse a las desigualdades en las democracias actuales o al modo en que los insaciables mercados contemporáneos dependen de mano de obra explotada en condiciones degradantes en los países más pretendidamente democráticos del mundo. La lectura del capítulo también puede hacernos pensar sobre un problema esencial en las sociedades antiguas y que, en las contemporáneas, parecemos querer olvidar con inquietante tozudez: ¿a qué coste puede un sistema político establecer unas situaciones de privilegio de ciertos grupos de la población frente al resto? Los «iguales» espartiatas deben su predominio social a un cuidadoso control del conjunto de la sociedad espartana, desde los hilotas hasta sus propios niños, del mismo modo que la democracia ateniense no puede comprenderse sin el ejercicio de su imperio sobre unos aliados

que, en el mejor de los casos, podríamos decir que tienen unos márgenes limitados de autonomía.

En el segundo capítulo se han agrupado las aportaciones que, al hacer del género, la pobreza y la extranjería sus reflexiones principales, pueden resonar con especial relevancia en un mundo en el que los debates sobre estos aspectos se han adueñado de buena parte del discurso político y social. Con ellas ponemos de relieve cómo problemas como la pobreza social, el debate sobre cómo solucionarla o el drama de los migrantes forzados (exiliados, refugiados o simples personas que buscan una vida mejor más allá de su patria) son fenómenos que están bien lejos de ser únicamente contemporáneos. Los griegos plantearon ante estos problemas unas soluciones que, necesariamente, se encontraban ancladas en sus propios condicionantes históricos, pero que pueden servirnos en cualquier caso para incentivar la reflexión ante los debates que encontramos en el presente acerca de estas mismas cuestiones. Del mismo modo, el trato concedido por los sistemas políticos clásicos a los excluidos del sistema (mujeres y no ciudadanos) no puede comprenderse fuera de sus coordenadas históricas, pero puede ofrecer una perspectiva de interesante contraste con un presente donde todavía estamos lejos de tener una inclusividad política real. Finalmente, en unos tiempos donde las tensiones identitarias parecen haberse disparado bajo el impulso de unos discursos irresponsablemente impregnados de intolerancia, racismo y xenofobia, el análisis de los primeros relatos coherentes sobre la barbarie y la civilización puede ayudarnos a encontrar siquiera un mísero hilo de Ariadna que nos sirva para encontrar el inicio del demoníaco laberinto de prejuicios, bulos y medias verdades con que se construye la visión de los Otros.

En el tercer capítulo hemos recogido todas las aportaciones que trataban sobre la formación de los ciudadanos griegos a través de sus desarrollos culturales, sean estos elementos vinculados a la religión, al deporte o a la educación (ámbitos que, en

cualquier caso, resultarían difícilmente distinguibles entre sí en el mundo griego). La ciudadanía, tanto la antigua como la actual, no es una condición natural de nadie: en el fondo no deja de ser un constructo sociojurídico que cualquier comunidad política necesita perfilar, asumir y reproducir. La afirmación de la condición de ciudadano o ciudadana a través de la participación en actividades culturales compartidas ante la comunidad no es un gesto frívolo ni una simple ostentación de capital simbólico. Al contrario, se trata de una de las maneras más habituales y recurrentes de certificar el estatus cívico en un mundo donde los recursos documentales vinculados a la identidad individual tienen un carácter entre mínimo y anecdótico para la burocratizada sensibilidad actual. Del mismo modo, la participación en eventos musicales, religiosos o deportivos de los grupos sociales que no participan de las decisiones políticas directas no deja de ser una importante fuente de reafirmación de los valores compartidos por la comunidad, y, con ello, se consolidan como mecanismos para su reproducción. En todos estos sentidos, los paralelos entre las sociedades antiguas y actuales se vuelven a hacer presentes toda vez que podemos reconocer en los grandes eventos y celebraciones culturales los fuertes lazos que atan al individuo, la comunidad y la manera en la que esta se expresa.

Finalmente, en el cuarto capítulo se han agrupado los textos que tienen como punto de reflexión común la relación entre los griegos, su entorno natural y la salud. Al lector podría parecerle extraña la introducción de la ecología como un aspecto importante en el mundo griego: desde el mundo actual estamos habituados a pensar en el pasado como un horizonte libre de problemas ambientales o en donde, al menos, la humanidad tenía una capacidad más bien marginal para imponerse al entorno natural. En el periodo preindustrial, sin embargo, tenemos bien detectada la capacidad humana para sobreexplotar, desajustar y esquilmar los ambientes naturales. Los efectos adversos de estas crisis naturales no podían pasar desapercibidos, fuera el elevado gra-

do de deforestación del Ática o el alto precio de los productos marinos amenazados por la sobrepesca, aunque no siempre se pusieran en relación directa con las causas que los habían generado. El «pensamiento ecológico» del mundo griego diverge, como no podía ser menos, del actual, asentado como estaba en elementos más vinculados con el universo religioso y la moral que con cualquier observación científica. Sin embargo, algunos de los comportamientos iniciados en el periodo arcaico siguen resonando con fuerza en el presente, como son las complejas negociaciones culturales, sociales e identitarias que se establecen en torno al vegetarianismo o la desequilibrada posición de la mujer en el campo de la medicina profesionalizada. Del mismo modo, es difícil contemplar algunos eventos del pasado sin que nos recorra un incómodo escalofrío motivado por paralelismos con los que a veces querríamos no estar tan familiarizados, como la epidemia ateniense vivida por Tucídides y la más reciente pandemia.

La relación entre el pasado y el presente es siempre compleja, dinámica y cambiante, y en pocas ocasiones conviene reducirla a un simple ejercicio de primacía, interés o causalidad. Hay muchas maneras de acercarse a la Antigua Grecia desde el presente, como la admiración, la ironía o el paralelismo, pero desde el inicio del proyecto entendimos que había una estrategia que teníamos que emplear sobre cualquier otra si queríamos marcar cualquier tipo de diferencia: la significación. En las teorías actuales del conocimiento se tiende a afirmar que para que este se asiente de manera real, ha de ser significativo, es decir, ha de relacionarse de manera directa con el universo conceptual, simbólico, reflexivo o léxico de quien se acerca a él. Este no es un reto menor cuando hablamos de la Antigua Grecia al público general actual. ¿Qué puede importarle la Atenas democrática a una madre soltera cuyo primer interés es llegar a fin de mes con el exiguo sueldo de un empleo precario? ¿Cómo puede fijar la atención en la sociedad espartana un inmigrante adolescente

que acaba de incorporarse a un sistema educativo nuevo cuando tiene que reconstruir un nuevo sistema de relaciones sociales y familiares que reemplace el que ha dejado atrás? ¿Pueden las competiciones atléticas en la Antigua Grecia ser de interés en una sociedad que ha vivido una oleada de debates, discursos, memes o chascarrillos sobre el valor del deporte femenino en ámbitos todavía fuertemente identificados con el machismo? Por descontado, los participantes en el proyecto creemos que todo lo anterior, y mucho más, es posible, siempre que se ofrezca y aborde de una manera adecuada. Al enfrentar los problemas del pasado desde los del presente nos encontramos con que es posible reencontrarnos con ellos, pensarlos desde nuestra experiencia, y dejar que nuestra experiencia también pueda pensarse, de manera limitada, desde las herramientas empleadas en el pasado.